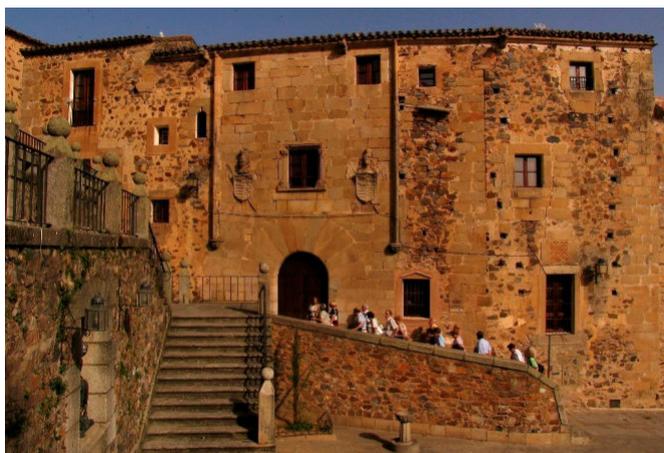


Cáceres, ciudad sin fin

Publicado por el Mundo el 23 de enero de 2018



Imaginar una ciudad también es vivirla. Adentrarse en ella incluso antes de pisarla impulsado por el entusiasmo y la expectación, con los ojos clavados en un mapa recreando lo que algunas calles alojan, lo que revela una arquitectura, una brisa íntima como una pequeña plaza (García Lorca), un secreto otoñal de fríos con sol y un ondear de largos silencios a la hora punta de cualquier tarde cualquiera. Este sex appeal lo dispensan sólo un puñado de espacios, lugares de convivencia que no disimulan su

prolífico enigma. Son rincones que espolean el afán, y no sabemos porqué ni cómo sólo esa ciudad lo es de tal modo. Sucede así con Cáceres.

Es fácil sentir por ella una intensa devoción. Una luz invisible zurea a media mañana como resguardo para el caminante, como una defensa de la elegancia y timidez del lugar. Algunas ciudades se abren diabólicamente hacia la nada de cualquier modo y otras se van cerrando en su centro como un gato que habla solo. Estas últimas son sutiles y exigen complicidad en quien las pasea. Transpiran un enigma propio y, a la vez, están contando una historia larga, como el rayo de una verdad que no cesa. Así es Cáceres. Ya desde la escalinata de la Plaza Mayor, dispuesto a atravesar el Arco de la Estrella, conviene huronear sin prisa por el casco antiguo (con la misma alegría que reclaman ciertos juegos infantiles). Sabes que pisas algo más que piedra de siglos, algo más que un vendaval de historia, algo más que un cruce de caminos. Cáceres es un itinerario emocional que despliega materia y símbolo a la distancia justa del cielo. Pues aquí todo ha logrado estar al nivel de las exaltaciones que genera. Ninguna calle se sustrae del destino humano de quien la camina. Cáceres, moderna de respiración y clásica de virtud, es un espacio que relincha suavemente al fondo de los mapas donde a veces la olvidan.

Tiene el clamor de una estrofa propia que se siente y se oye según se accede a la Plaza de los Caldereros, dotada de una nitidez que asombra. Podríamos decir que aquí la vida incluso se transparenta. Todo puede entenderse mejor desde «esa última manifestación de luz que es la claridad» (María Zambrano). Está encajada la de los Caldereros en un perímetro caprichoso, sereno y suave, que se siente cristal. La claridad, en Cáceres, se ensancha por la ciudad sin aprisionarla.

Un poco más allá, al contemplar el Arco de Santa Ana, se presiente una linde entre dos materias: el mundo y lo pensado. Aquello que forma parte del desnivel de vivir y eso otro que es sustancia del vértigo de soñar. Porque hay ciudades que exigen el placer de deambular sin ruta exacta, con esa condición de libertad que puede ser hermosa e inquietante al mismo tiempo.

La nobleza del invierno en estas rúas tiene algo de conversación con uno mismo. Y quizá por eso el camino se llena también de accidentes felices, como el de querer ir a la calle Conde y acabar en la calle del Mono, frente a la fachada de la Casa del Mono, licuada de leyendas que sitúan al comerciante Gonzalo de Cáceres y a la bella Marina Alonso de los Nidos en una trama de sospechas, celos y conspiraciones. Es otra divisa de una ciudad viva y comunicante. De un territorio hecho de mitologías superpuestas que avivan la literatura en el ánimo del viajero. Que avivan la literatura, sin más.

El descenso hasta la Plaza de Santa María enfilea por una callejuela menestral. Si ascendemos por la Cuesta de la Compañía, ya el caminante algo sobresaltado entre la vetusta estrechez y los dulces y mínimos peldaños sobados de tiempo, presiente que pisa un ángulo de la Historia, de la gran historia que tiene en cada dibujo mineral una nota dispuesta por los siglos, una suerte de abecedario anónimo que es el espíritu volatinero de las ciudades que se sienten y se escuchan según se van subiendo o bajando sin rumbo cierto. Deambular por Cáceres propicia algo levítico, respirable, sembrado de sosiego.

Cuántas huellas preservan aquí su estatura de hombre. Cuántas de las nuestras se suman al sedimento de tantos seres que marcharon con su gozo y su desengaño por estas mismas latitudes, con su harapo o luciendo el terciopelo del embozo de la capa. Rotundo aparece el Real Convento de San Francisco Javier, con la iglesia de la Preciosa Sangre, barroco del XVIII donde el pasado se mira no sólo en lo que fue, sino más todavía en lo que estuvo a punto de ser. Así se llega a la embocadura que abre el Palacio de las Cigüeñas a la Plaza de San Pablo, dominada por la torre. Está por lograrse una atalaya más clara, con mejor línea de civilización. Y al lado, la Plaza de San Mateo con la iglesia de San Mateo y el convento de San Pablo, que aventura por dentro un repertorio azucarado que se recibe o se da y no es cosa de ir a comerlo a solas, sino que el placer consiste en disfrutarlo en compañía, encarando (por ejemplo) la calle Ancha en dirección a la Puerta de Mérida, con la cabeza a pájaros y el repicar del confite.

Cáceres es una ciudad destinada a ser dicha en voz alta con la suavidad de las palabras mejores. Alcanza un punto de modernidad actual y remota por todo el pasado que acumula, por el empleo inteligente de la vida. El siglo XVI tiene aquí una de sus tesis y cada hecho está situado a su hora.

El paseo deja atrás la ciudad amurallada, pasa por la plaza de Santa Clara, se deja caer por la calle Soledad y desemboca, ahora sí, en la ciudad del siglo XIX, que se abre a la modernidad con sus fundaciones y museos de arte contemporáneo. Es un territorio de colisiones y diálogos, de velocidad y vibraciones. Este costado de la ciudad acoge unos nuevos inquilinos, artistas que depuran de otro modo el pulso desbordante del mundo. Y tantas de sus obras seducen y sugieren ideas renovadas cuando uno entra a contemplar qué sucede en los museos desde este observatorio escogido que es Cáceres y lo contemporáneo.

Con todo eso zumbando en la cavidad del cráneo conviene regresar a la Plaza Mayor por un casco antiguo que damnifica el cansancio con callejuelas admirables. Con apretados sillares que al caer la tarde se untan levemente de murmullo. De un rumor joven, desplanchado.

Y es que al hilo del monótono suceder de la vida, Cáceres propone la urgencia salvadora de lo lento, del encontrado vericuetos donde detenerse otro rato. Porque aquí nada se agota por entero. Y existir es también enredar los pies precipitados en algunas ciudades felices.